

César Pintado Rodríguez*

DE LA GUERRA (ASIMÉTRICA)

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

DE LA GUERRA (ASIMÉTRICA)

Resumen:

Clausewitz describe la guerra como "un verdadero camaleón". Distingue tres elementos constitutivos de la guerra: la violencia intrínseca de sus componentes, la creatividad de los estrategas y la racionalidad de quienes toman las decisiones políticas. Un enfrentamiento asimétrico hace referencia a la lucha que tiene lugar entre fuerzas disimilares que utilizan determinados factores o métodos para alterar el escenario del enfrentamiento y así obtener una ventaja.

Entre las propuestas para combatir la guerra asimétrica se habla de diferentes principios: maximizar el uso de la tecnología, flexibilidad en tácticas, consideración de la importancia del elemento humano y ganar el apoyo de la población. También se habla de la necesidad de transformar las fuerzas militares con un sistema de inteligencia más flexible, cambios en la doctrina, en el entrenamiento y en la organización militar.

Abstract:

Clausewitz describes the war as a "true chameleon". He points out three constitutive elements: the intrinsic violence of its components, the creativity of the strategists and the rationality of the political decision-makers. An asymmetrical conflict refers to the confrontation between dissimilar forces that use certain factors or methods to change the scenario and therefore get some advantage. Among the proposals to face the asymmetrical warfare, several principles are cited: maximize the use of technology, tactical flexibility, consideration of the human factor and win the popular support. Is mentioned as well the need of transformation of the military forces, with a more flexible intelligence and a deep reform in doctrines, training and organization.

Palabras clave: Guerra asimétrica, Clausewitz, guerrilla, terrorismo, estado fallido.

Keywords: Asymmetrical warfare, Clausewitz, guerrilla, terrorism, failed state.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

INTRODUCCIÓN

En un capítulo de su clásico tratado De la Guerra, el teórico prusiano de la guerra Karl von Clausewitz describe la guerra como "un verdadero camaleón", que cambia permanentemente y adapta su apariencia a las variables condiciones sociopolíticas en las que se desarrolla. Clausewitz explicó esta metáfora distinguiendo tres elementos constitutivos de la guerra: la violencia intrínseca de sus componentes, la creatividad de los estrategas y la racionalidad de quienes toman las decisiones políticas.

Atribuye el primero de esos elementos, la "violencia intrínseca de sus componentes, el odio y la enemistad, que deben considerarse como instinto ciego", al pueblo; considera que el segundo, "el juego de probabilidades y el azar que hace de la guerra una actividad libre del espíritu", es un asunto que compete a los generales; y entiende, por último, que "la naturaleza subordinada de una herramienta política, por la cual pertenece estrictamente a la razón", hace de la guerra un instrumento de gobierno. De aquí deriva también la clásica definición de Clausewitz de que la guerra es la continuación de la política por otros medios.

En ambos ámbitos, las evoluciones sociales, las cambiantes relaciones políticas, los adelantos tecnológicos y, por último, los cambios culturales, generan continuamente nuevas configuraciones. Por lo tanto, la guerra también adquiere constantemente nuevas y diferentes formas. En opinión de Clausewitz, el factor que ocasiona los cambios más profundos y transcendentales es la triple interdependencia entre la violencia elemental, la creatividad estratégica y la racionalidad política.

Las guerras del futuro tomarán cada vez más en consideración el factor tiempo, el uso del tiempo como arma estratégica, toda vez que el espacio estratégico ha hecho implosión.

YA NO SE HACEN GUERRAS COMO LAS DE ANTES

Las condiciones y la forma de la guerra se han venido modificando desde el siglo XVIII y XIX en adelante, por tomar como punto de partida las guerras que resultaron de las revoluciones americana y francesa. Ejércitos masivos, organizaciones castrenses según un modelo burocrático, estrategias de disuasión, conscripción universal, creciente dependencia de la estrategia y de la táctica respecto de la tecnología de los armamentos, podríamos definirlos como los conceptos claves del paradigma actual de las guerras.

Y sin embargo asistimos desde hace años a una transformación profunda de ese paradigma. Todo ello está siendo crecientemente cuestionado por las nuevas formas de hacer la guerra que emergen desde fines del siglo XX. Globalización de la información y las comunicaciones, satelización e informatización de las tecnologías, miniaturización e incremento exponencial de la letalidad, furtividad y eficacia de los sistemas de armas, y al mismo tiempo, la emergencia de formas en red de los conflictos, con la desaparición de las fronteras "nacional-internacional", "civil-militar" y "paz-guerra".

Las guerras del futuro tomarán cada vez más en consideración el factor tiempo, el uso del tiempo como arma estratégica, toda vez que el espacio estratégico ha hecho implosión. A la luz de la definición de la guerra de Clausewitz, la especial creatividad de Mao Tse-Tung como teórico de la guerra de guerrillas reside en su hallazgo de que un proceder lento, una desaceleración del curso de los acontecimientos, brinda la oportunidad de oponer con éxito una resistencia armada a un enemigo que es superior tanto por sus recursos técnicos como por su organización militar.

Un hallazgo que elevaría la guerra a pequeña escala al nivel de una estrategia político-militar por derecho propio. Un aparato militar superior en medios técnicos y en organización tiende a acelerar el curso de la guerra, pues es el mejor medio de hacer valer su superioridad. Ejemplos de ello son la caballería de Murat, que perseguía y destruía rápidamente al enemigo vencido por Napoleón en el campo de batalla; los carros de combate de Guderian que, mediante pequeñas explosiones, abrían brechas profundas en el frente enemigo; y los cazabombarderos y los misiles de crucero de Schwarzkopf durante la Guerra del Golfo, que paralizaron las estructuras de mando y de aprovisionamiento iraquíes antes incluso de que comenzara la fase terrestre.

De esa forma, la impresionante superioridad que el aparato militar estadounidense ha alcanzado sobre todos sus potenciales enemigos en los dos últimos decenios se debe, en gran medida, a su capacidad de aprovechar las diversas oportunidades que se presentan para acelerar el ritmo de las operaciones, pero también al uso intensivo de las tecnologías de la comunicación y de la información puestas al servicio de concepciones estratégicas capaces de "pensar la guerra" a escala global, porque Estados Unidos es capaz de "pensar la política" a escala global.

Se puede afirmar que el desarrollo de la guerra sigue constantemente los imperativos de la aceleración y que en cualquier conflicto resultará vencedor quien tenga el mayor potencial de aceleración y la capacidad de emplearlo de manera eficaz. Sin embargo, la metáfora del camaleón de Clausewitz es una advertencia de que la historia de la guerra no sigue modelos de desarrollo unidireccionales, basados por lo general en adelantos técnicos, sino que está sujeta a la interacción de factores mucho más complejos. La aceleración tiene su precio: implica, ante todo, gastos cada vez mayores en logística, un número proporcionalmente decreciente de fuerzas de combate de la totalidad de las tropas, un aumento vertiginoso de los costes para equipar a éstas con armas modernas y, por último, un aparato militar cada vez más vulnerable y propenso a plantear problemas. El concepto de aceleración se precisa más en la noción de escalada, que nos permite comprender los cambios suscitados por la globalización en el fenómeno de la guerra.

La creatividad de Mao residió en su negativa a sumarse a la carrera por una mayor aceleración de las hostilidades, pues su ejército campesino no podría haber ganado una guerra de esa naturaleza. Rechazó el principio de la aceleración y, transformando una

debilidad en fortaleza, hizo de la lentitud su consigna y definió a la guerra de guerrillas como una "larga guerra de resistencia". La estrategia de las guerrillas consiste asimismo en emplear todos los medios posibles para lograr que el enemigo pague realmente el precio de la aceleración, en una medida tal que el coste de la guerra termine siendo prohibitivo. El politólogo francés Raymond Aron sintetizó esta situación en la fórmula de que los guerrilleros ganan la guerra si no la pierden y los que luchan contra ellos pierden la guerra si no la ganan. Cada bando opera bajo un marco temporal diferente.

En Vietnam, los estadounidenses y sus aliados aprendieron a sus expensas cuán eficaz puede ser este proceder. La asimetría, principal característica de las nuevas guerras en los últimos años, se basa en gran medida en las diferentes velocidades con que las partes se combaten: la asimetría de la fuerza radica en una capacidad de aceleración que supera la del enemigo, mientras que la asimetría de la debilidad se basa en una disposición y una habilidad para disminuir el ritmo de la guerra.

CONCEPCIONES DE GUERRA ASIMÉTRICA

Las definiciones más simplistas vienen a decir que guerra asimétrica es la que practican aquellos que "no dan la cara y pelean limpio". Pero un enfrentamiento asimétrico a lo que hace referencia es a batallas que tienen lugar entre fuerzas disimilares que utilizan determinados factores o estrategias para alterar el escenario del enfrentamiento y así obtener una ventaja sobre el oponente. Esos factores pueden ser el engaño, la sorpresa, la velocidad, el movimiento, el uso de armas de forma inesperada... La ventaja (y la voluntad de aprovecharla) es lo que permite a un ejército prevalecer sobre otro. La guerra asimétrica es también un medio con que fuerzas militares inferiores ganan ventaja sobre oponentes más poderosos, o al menos con más recursos.

Términos como "no tradicional" o "no convencional" son también utilizados a la hora de definir la guerra asimétrica porque en ésta se emplean métodos que no encajan con las imágenes más extendidas de la guerra. También puede ser entendido como guerra asimétrica el uso de nueva tecnología con que una fuerza militar superior derrota a otra fuerza militar inferior. Todos estos elementos podrían combinarse para conseguir una completa definición de la guerra asimétrica, pero tal vez lo más relevante es que lo asimétrico abarcaría todo aquello que altera el campo de batalla de tal manera que se niega la ventaja del oponente.

VIETNAM Y EL “SALTO DE LA ASIMETRÍA”

La mayor parte de los autores estadounidenses sitúan en la guerra de Vietnam un punto de inflexión en la valoración de lo asimétrico. Era la primera vez que les derrotaban desde hacía mucho tiempo y lo hizo una fuerza con menos recursos tecnológicos, menor equipamiento y menor número de combatientes regulares (al menos en teoría). Analizaron la estrategia que Ho Chi Minh describía con la metáfora de la lucha entre un tigre y un elefante, de cómo el elefante puede morir desangrado o de cómo una pequeña fuerza militar podía derrotar a otras más poderosas si empleaba la estrategia adecuada.

Ho Chi Minh adaptó la estrategia de tres fases que Mao había utilizado anteriormente en China. Mao afirmaba que el insurgente era como un pez que nada en el océano de la gente. Así, en una primera fase de tipo político, se consiguen apoyos locales; en una segunda se expande la base a través de ataques al control gubernamental con tácticas de guerrilla y en una última fase, una vez reunidas suficientes fuerzas, se realiza una ofensiva abierta con fuerzas convencionales, con la que se busca la victoria final, derrocar el gobierno y asumir el poder.

La segunda fase es la considerada como fundamental. Es la más larga y en la que se debe construir un sistema de apoyo que asegure el control de la población. El objetivo guerrillero no es ganar territorio sino ganar “mentes y corazones” de la población, asegurar su control y obtener apoyo externo. La estrategia para contrarrestarla pasaría por la unidad de esfuerzo en el gobierno de las fuerzas militares y policiales a la hora de separar al movimiento insurgente de la población general y restablecer la confianza en el gobierno.

Las fuerzas norteamericanas desplegaron un gran número de tropas y pensaron en conseguir la victoria con un pensamiento de guerra de desgaste, buscaron la derrota de las fuerzas insurgentes a base de aplicar una potencia de fuego y una tecnología superiores. La insurgencia forzaba a luchar en la forma, duración, tiempos y lugares que ésta elegía. Usaron túneles, porteadores, animales y bicicletas para el traslado de suministros, capturaron material enemigo, tenían una importante red de inteligencia que consiguió infiltrarse en todos los ámbitos. Las bajas civiles, métodos poco escrupulosos y el uso de defoliantes volvieron a la población en contra del gobierno. El ejército estadounidense no supo adaptarse a tiempo a la guerra de guerrillas, a pesar de contar con experiencia en ella.

Tras analizar la derrota de Vietnam, muchos analistas estadounidenses consideraron que los futuros adversarios asimétricos adoptarían tácticas y técnicas semejantes, y constituirían su amenaza más impredecible y peligrosa habida hasta el momento. El campo de batalla sería irregular, sobre todo en escenarios urbanos, pero cualquier infraestructura estratégica podría ser considerada objetivo.

Hoy, mientras algunos estados son reticentes a arriesgar la vida de sus tropas, un gran número de personas están dispuestas a convertirse en combatientes sin paga y dispuestos a morir por una causa. El objetivo debe entonces cambiar de la inmediata derrota física a un fuerte mensaje a futuros adversarios de que recurrir a vías militares tan sólo asegura que jamás conseguirán sus fines políticos.

La guerra es en esencia una cuestión de voluntad, y la derrota psicológica inflige mucho más daño y más perdurable que un revés en el campo de batalla. La opinión pública, los medios y la misma mente se convierten en la arena estratégica. Por este motivo (entre otros) no se pueden escatimar esfuerzos para reducir los daños colaterales.

Entre las propuestas para combatir la guerra asimétrica se habla de diferentes principios: maximizar el uso de la tecnología, flexibilidad en tácticas, consideración de la importancia del elemento humano y ganar el apoyo de la población. También se habla de la necesidad de transformar las fuerzas militares: un sistema de inteligencia más flexible, cambios en la doctrina, en el entrenamiento, en la organización militar (fuerzas con mayor capacidad letal y movilidad, con más capacidad de información y de respuesta más versátil gracias a reservas operativas). El ejército que pretenda operar con éxito en un teatro asimétrico se transformará para asegurar su capacidad de despliegue y considerará al soldado de manera holística, como un sistema.

EL PUNTO DE VISTA CHINO

Resulta interesante conocer también el punto de vista chino como poder militar emergente. Dos veteranos oficiales de la fuerza aérea china Qiao Liang y Wang Xianghui ofrecieron una muestra no oficial de la perspectiva china sobre la guerra en el futuro en su libro *La Guerra Más Allá de las Reglas: Evaluación de la Guerra y de los Métodos de Guerra en la Era de la Globalización*, publicado por la editorial de prensa del Ejército de Liberación Popular en febrero de 1999. En agosto de 1999 se publicó una referencia en el *Washington Post* que hizo fueran más conocidos sus planteamientos entre los analistas occidentales. Entre las instituciones chinas el libro recibió elogios, pero en Occidente recibió acusaciones de fomentar el terrorismo.

Los autores creen que si alguna vez China se ve obligada a defenderse, debería estar preparada para llevar a cabo una guerra más allá de todas las fronteras y limitaciones. Consideran que la guerra ya no es una actividad confinada a la esfera militar, que el curso de la guerra puede ser cambiado por factores políticos, económicos, diplomáticos, culturales y tecnológicos.

Después de la Guerra del Golfo, los militares chinos quedaron muy impresionados por las estrategias y tecnología estadounidenses, de tal manera que aceptaron sus argumentos doctrinarios. Pero posteriormente, empezaron a cambiar de opinión, principalmente a partir

de los altos costos de las armas de nueva tecnología, unos costos que pueden llegar a colapsar económicamente cualquier país, incluso a Estados Unidos, cuyo poderío podría ir menguando paulatina pero inexorablemente. Otros errores que nombran de los estadounidenses es su renuencia a arriesgar vidas propias para lograr sus objetivos y la idea de que las disputas internacionales pueden ser resueltas definitivamente en el campo de batalla.

En lugar de arruinarse para pelear diferentes guerras con armas de alta tecnología, sostienen los autores que China debería prepararse a pelear con cualquier medio disponible en una variedad de frentes, pensar fuera del marco establecido.

Los autores encuentran interesante el concepto de “acción militar no bélica” (operaciones de mantenimiento de la paz, la ayuda humanitaria, contraterrorismo...), porque abre opciones de acción, pero lo critican por lo limitado de su enfoque. Para ellos, la acción militar no debe definir el significado completo de “guerra”, sólo sería una dimensión de ella. La seguridad geográfica es un concepto obsoleto y las amenazas pueden provenir de acciones no militares. Por tanto, las definiciones de seguridad deberían incluir además seguridad política, económica, religiosa, cultural, ambiental, de recursos, de información y del espacio cercano. En esto también coincidirían con sus homólogos estadounidenses, la guerra, “la seguridad”, se extiende a todo ámbito de la vida, del planeta y hasta esos límites son superados.

Los autores chinos coinciden en analizar que las leyes y tratados internacionales ponen límites a las formas en que se hace la guerra. Pero también tienen claro que el hecho de que se respeten o no depende tan solo de que resulten favorables a los propios intereses en una determinada situación, o de que sean útiles para controlar al oponente. Cuando estas reglas entran en conflicto con los intereses propios, se saltan sin mayor consideración.

Por ello, creen que China se puede sentir libre de pelear las guerras de las maneras que mejor considere: militarmente (con medios convencionales o armamento de destrucción masiva), metamilitarmente (diplomacia, psicológica, tecnológica, inteligencia, contrabando...) y extramilitarmente (financiera, comercial, información, legal, ideológica...).

HEROÍSMO Y NUEVAS ARMAS

Las guerras del siglo XXI difícilmente serán una prolongación de las tendencias del siglo XX. La disponibilidad de más recursos materiales y un mayor desarrollo tecnológico no decidirán automáticamente la victoria. La enorme superioridad de Estados Unidos en medios técnicos militares no es una garantía de victoria en todas las guerras futuras. Y el número de bajas socava rápidamente el apoyo popular.

Las democracias occidentales no están dispuestas a librar la "larga guerra de resistencia" de Mao Tse-Tung. Están preparadas para el diálogo, más que para el sacrificio, y esto es lo que

distingue a las sociedades "post-heroicas" de las de la era "heroica"; harán todo lo que esté a su alcance por evitar o reducir todo lo posible sus pérdidas en combate, y ello sólo puede lograrse con una tecnología superior.

Una competencia entre las armas de alta tecnología y las de tecnología rudimentaria es igualmente asimétrica. Desde el 11 de septiembre de 2001, somos conscientes de que una simple navaja, si se la emplea para secuestrar un avión y estrellarlo contra edificios o ciudades, puede ser tan destructiva como un arma nuclear.

Mohammed Atta y sus cómplices atacaron a Estados Unidos empleando como armas la propia velocidad de este país, desde la concentración y la intensidad del transporte aéreo hasta los medios informativos, que transmitieron la catástrofe del 11-S al mundo entero en tiempo real. En cambio en el Líbano en 2006, pudimos observar el fracaso militar de un ejército convencional frente a fuerzas de guerrilla actuando en forma de red, como Hezbollah.

EL RETORNO A LA VIOLENCIA ELEMENTAL EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

Evidentemente, la creatividad estratégica no puede desplegarse independientemente de los otros dos elementos de la trinidad de Clausewitz, a saber, la violencia propia de la guerra y la racionalidad política de quienes toman las grandes decisiones. Por ello, el principio de una desaceleración sistemática de la violencia, como en una guerra de guerrillas, sólo puede aplicarse con éxito cuando una mayoría abrumadora de la población no ve otro medio para resolver los problemas que una costosa guerra como en España en 1808.

Sólo entonces proporcionará la población apoyo logístico a las guerrillas, no colaborará con el enemigo y permitirá que cada vez más jóvenes sean reclutados para la guerra. De lo contrario, los guerrilleros no podrán moverse como pez en el agua entre la población, pues no están en su elemento natural y son fácil presa. Tampoco las guerrillas suelen despreciar una estrategia que combine la coerción y el apoyo popular de *motu proprio*.

Este requisito limitó durante mucho tiempo la aplicabilidad de la estrategia asimétrica de la guerra de guerrillas. En la forma que acabamos de describir se la conoce desde comienzos del siglo XIX, pues en principio sólo se usaba como método defensivo y si la población estaba dispuesta a hacer enormes sacrificios, como ocurrió en España durante la Guerra de la Independencia.

El aspecto verdaderamente amenazante de las recientes formas de terrorismo internacional es que han sobrepasado las limitaciones de la guerra asimétrica. En las guerras del futuro, la frontera entre lo civil y lo militar continuará diluyéndose, así como las organizaciones militares y las instituciones de la defensa deberán aprender a terminar con la clásica separación entre "tiempo de paz" y "tiempo de guerra". Ahora y en el futuro, el paso de ambos estadios puede ser de días u horas, por lo que las estructuras organizacionales y

logísticas de la defensa tendrán que adoptar una arquitectura única para ambos tiempos, con mecanismos de reserva flexibles que permitan respuestas cuantitativa y cualitativamente adecuadas a cada crisis.

Además, las actuales tendencias también indican que en el siglo XXI, amplios sectores de la población mundial podrán pensar que su única oportunidad para el futuro será librar guerras y salir vencedores de ellas. Por ello, el empleo de la fuerza para alcanzar un futuro mejor se convertirá en el elemento clave de su razonamiento político y estarán dispuestas no sólo a luchar para obtener recursos vitales, sino a librar guerras asimétricas contra adversarios superiores. No caminamos hacia un mundo con menos guerras, sino hacia guerras de baja o mediana intensidad pero de alta frecuencia.

LAS NUEVAS VULNERABILIDADES

Debido precisamente a su avanzado nivel de desarrollo socioeconómico, estos adversarios superiores adolecen de una inherente vulnerabilidad. El propósito de los diversos proyectos de EE.UU. para instaurar un sistema de defensa antimisiles es hacerse invulnerables contra una amenaza de ese tipo. Obviamente, esos sistemas de defensa ya no están dirigidos contra ningún país en particular (aunque Rusia sienta en cierto modo invadido su espacio defensivo), sino contra enemigos que, aunque de menor entidad militar. Enemigos que constituyen una seria amenaza, ya que poseen o pueden poseer armas de destrucción masiva y algunos vectores de uso.

LOS COSTES Y LA FINANCIACIÓN DE LA GUERRA

El constante aumento de los costos de la guerra se debió a tres causas principales: al desarrollo de la artillería, cuyo empleo era decisivo en las batallas; a la transformación de los soldados de a pie en una infantería disciplinada y tácticamente entrenada, que se posicionaba en largas filas para entablar combate con el enemigo y disponía de cada vez más armas de fuego; y por último, al crecimiento en tamaño de los ejércitos, que debían saber combinar sus recursos.

Fue debido al desarrollo de la tecnología de las armas y de la organización militar por lo que la guerra y la paz adquirieron estatutos jurídicos distintos; y para señalar la transición de uno a otro comenzaron a utilizarse actas jurídicas, es decir, declaraciones de guerra y acuerdos de paz. Además, la guerra entre estados y la guerra civil comenzaron a considerarse formas separadas y claramente distinguibles de guerra.

Finalmente, en las guerras entre estados se distinguía entre combatientes y no combatientes, de conformidad con las disposiciones pertinentes del Convenio de La Haya sobre las leyes y costumbres de la guerra terrestre de 1899/1907 y con el Convenio de Ginebra de 1864, y se exigía a los beligerantes hacer todo lo posible para evitar que los no

combatientes sufrieran los efectos de las hostilidades. Aunque por lo general con escaso éxito.

En las nuevas guerras sucede lo contrario en casi todos los aspectos. La mayor parte de estas guerras no las libran ejércitos bien equipados, sino milicias reclutadas por jefes autocráticos o líderes de tribus, redes organizacionales o de clanes, además de los seguidores armados de los delegados de movimientos más amplios. En estas guerras se usan ante todo armas de bajo coste: IED¹, fusiles automáticos, minas antipersonal y ametralladoras montadas en camionetas. Rara vez se emplean armas pesadas, y cuando se utilizan suelen ser restos de arsenales de la Guerra Fría. El hecho de que se puedan librar guerras de este tipo –e incluso con éxito– se debe principalmente a que no las deciden dos ejércitos en el campo de batalla, sino que se prolongan interminablemente mediante actos de violencia contra la población civil.

Mientras que en los conflictos simétricos el mero hecho de preparar una guerra, por no hablar de librarla, resulta cada vez más oneroso, los estrategias de las nuevas guerras han logrado abaratar tanto las operaciones que han convertido de nuevo la guerra en un negocio rentable. Obviamente, esto no significa que el costo social total de una guerra también sea bajo. Pero adaptando una expresión económica, podría decirse que muchos jefes militares y líderes de milicias se las han ingeniado para privatizar los beneficios de las guerras y nacionalizar los costos. Hablamos principalmente de tráfico ilícitos, como drogas, minerales o incluso personas.

Que esto sea posible tiene mucho que ver con el fracaso en la formación de naciones en muchas partes del Tercer Mundo. En los llamados estados fallidos no hay instituciones en funcionamiento que sean capaces de poner fin a esa nacionalización de los costos o de mantener éstos dentro de ciertos límites. La violencia que propagan estos “señores de la guerra” hace así cada vez una mella más profunda en la sociedad, hasta que al final la única posibilidad de salvación es la intervención de potencias extranjeras. Sin embargo, queda pendiente la cuestión de si estas potencias pueden pacificar el país o si serán arrastradas por las hostilidades, y si el conflicto adquirirá un carácter transnacional. Los acontecimientos de Angola, Congo, Somalia y Afganistán y la región del Cáucaso advierten insistentemente de esta casuística.

El número creciente de nuevas guerras que se ha observado desde el fin de la Guerra Fría se caracteriza sobre todo por el hecho de que la distinción entre actividad lucrativa y uso abierto de la fuerza se ha erosionado hasta desaparecer. En las nuevas guerras, la fuerza se ha convertido en una fuente de ingresos para quienes poseen armas y están dispuestos a usarlas. De ese modo reaparece el viejo axioma: la guerra se alimenta de la guerra.

¹ *Improvised Explosive Device* o artefacto explosivo improvisado.

Así, las nuevas guerras se caracterizan por la emergencia de jefes militares o paramilitares que controlan un territorio por la fuerza de las armas a fin de explotar sus recursos naturales, desde petróleo y minerales hasta metales preciosos y diamantes, o de expedir licencias para su explotación. Paralelamente, no sólo se advierte una proliferación de los contratistas –la mano de obra bien remunerada de estas guerras– sino un uso creciente de niños soldados, que han demostrado ser un medio de guerra rentable.

La guerra privada y por su propia cuenta no se ha vuelto sólo atractiva a causa de la desintegración del Estado en muchas partes del denominado Tercer Mundo, sino también, y especialmente, por la facilidad con que las economías de guerra civil son capaces de explotar los flujos de bienes y capitales en el mercado mundial.

Dos factores han sido decisivos en la aparición de este nuevo tipo de guerras: la habilidad en financiarlas con los flujos de bienes y capitales generados por la mundialización y, lo que es aún más importante, el hecho de que se han hecho poco costosas.

La guerra que el Pacto de Varsovia y la OTAN mantuvieron durante cuarenta años, preparándose para evitar que tuviera lugar, fue una confrontación sumamente cara. Puede decirse que los costos de esa incesante carrera de armamentos causaron, en cierta medida, el colapso de una de las partes.

Este proceso, al que se ha prestado hasta ahora poca atención al quedar eclipsado por la lucha contra el terrorismo islámico, está abriendo el camino a la privatización y la comercialización de la guerra y, a largo plazo, podría resultar más trascendental y decisiva incluso que el conflicto Este-Oeste.

Es probable que estas nuevas guerras no queden confinadas por siempre a las zonas que están ahora afectadas por ellas, y que se propaguen al Primer Mundo. De hecho, se han propagado ya por medio del terrorismo. Y con este punto se relacionan nuestras observaciones introductorias sobre la teoría de Clausewitz. La guerra es un camaleón que se adapta a las configuraciones sociopolíticas del momento; su única característica permanente es la violencia elemental. El 11-S y los hechos subsiguientes han dado alguna idea de las nuevas formas que puede adoptar la guerra y en qué medida éstas pueden suponer una desmilitarización paulatina de la misma.

LOS NO-SOLDADOS CONTRA LOS SOLDADOS

La desmilitarización de la guerra significa que las guerras del siglo XXI se librarán sólo en parte por soldados y, en su mayor parte, ya no estarán directamente dirigidas contra objetivos militares. Ya se puede observar un retorno a las formas bélicas a las que puso fin la nacionalización de la guerra durante los siglos XVIII y XIX.

Los objetivos militares están siendo sustituidos ahora, en muchos lugares, por objetivos civiles, desde ciudades y pueblos invadidos y saqueados por líderes de milicias y jefes

militares hasta los símbolos del poder político y económico como en el 11-S. Incluso los medios que se emplean para llevar a cabo estos ataques tienen cada vez menos un carácter genuinamente militar.

Por ejemplo, en las guerras de África y de Asia central un vehículo civil, la camioneta Toyota, ha acabado simbolizando el surgimiento de milicias y jefes militares. Asimismo, los ataques terroristas del 11-S sólo fueron posibles transformando unos medios civiles en armas de ataque. Aquellos ataques, como los atentados terroristas en Israel, han puesto de relieve una nueva amenaza específica: terroristas que usan sus propios cuerpos como armas y vinculan así el éxito del atentado a su propia y segura muerte. Los ataques de este tipo sólo son posibles si se renuncia a todo medio de escape.

Por numerosos y buenos motivos, estos atentados pueden considerarse moralmente repudiados, pero es difícil negar que con ello ha surgido una nueva forma de heroísmo que para las sociedades "post-heroicas" de Occidente es peligrosísima, no sólo por los instrumentos empleados, sino también por el simbolismo subyacente.

Además de evidenciar, de manera sangrienta, la vulnerabilidad de las sociedades atacadas, estas nuevas formas de terrorismo les transmiten otro mensaje, a saber: que por estar orientadas a la preservación de la vida, serán derrotadas por los que están dispuestos a sacrificar su propia vida. El acto del suicidio es una expresión de desprecio hacia unas sociedades que, por principios de su propia organización social, han repudiado ese sacrificio de la vida o han hecho uso de él sólo metafóricamente.

Los estrategas del terror se han dado cuenta de que las sociedades "post-heroicas", con su estilo de vida y su autosuficiencia, son particularmente vulnerables a los ataques de individuos imbuidos de esa voluntad de martirio. Éste es otro ejemplo de la creatividad estratégica que, según Clausewitz, es el rasgo característico del camaleón de la guerra.

LAS DIMENSIONES DE LA ASIMETRÍA

Desde el empleo estratégico de la desaceleración contra un aparato militar que depende de la intensificación de las hostilidades hasta el redescubrimiento del suicidio como una amenaza a las sociedades basadas en el diálogo, las últimas novedades en la conducción de la guerra casi siempre consisten en estrategias asimétricas.

En las guerras asimétricas se percibe una tendencia a que la violencia se propague y penetre en todos los ámbitos de la vida social. Esto es así porque en las guerras asimétricas, la parte más débil usa la comunidad como cobertura y base logística para dirigir ataques contra un aparato militar superior. El punto de partida de este proceso está marcado por la guerra de guerrillas, pero no puede llevar al travestimiento de asimilar el terrorismo a una nueva forma de guerrilla.

La principal característica de las guerras simétricas en la historia europea moderna fue que eran guerras entre estados. Cuando la guerra pasó a ser monopolio del estado, la igualdad y el mutuo reconocimiento necesarios para la guerra simétrica quedaron institucionalmente garantizados. Sólo en el transcurso de la II Guerra Mundial, con la guerra de aniquilación en el Este y el bombardeo estratégico de zonas habitadas, se infringieron todas las limitaciones establecidas al empleo de la fuerza.

Durante muchos años, en los textos pertinentes se reconoció y se empleó el término interno o la expresión guerra civil como antónimos de guerra internacional o guerra entre estados. Aún así, el antónimo dependía del sistema de referencia que determinaba la estatalidad, en el sentido de que su significado dependía de los límites fijados por el estado. La expresión guerra civil es el opuesto simétrico de la de guerra internacional; el antónimo asimétrico es guerra transnacional, es decir, una guerra en la que los límites fijados por los estados ya no son determinantes.

Este tipo de guerra cruza las fronteras nacionales sin ser una guerra librada entre Estados, como las guerras en y en torno a Angola, Zaire/Congo, Somalia, Líbano y Afganistán. Se caracteriza por un cambio constante de amigos y enemigos y por una desintegración de las autoridades institucionales (tales como las fuerzas militares y la policía) responsables de mantener el orden y que pueden recurrir a la fuerza.

En este contexto, los actos de guerra y la criminalidad resultan indistinguibles, la guerra se prolonga y acaba por no haber siquiera perspectivas de paz. Estas guerras, que se han multiplicado en los años ochenta y noventa del siglo XX, parece que, junto a las guerras de guerrillas y otras formas de “guerras en red”, empiezan a determinar el curso de la violencia en el siglo XXI en muchas partes del mundo.

PERSPECTIVAS

¿Existe alguna manera de detener o ralentizar la evolución que acabamos de describir? Probablemente el retorno a la estabilidad de los estados a escala mundial sea el único medio efectivo de frenar la privatización de la guerra, la asimetría creciente de las estrategias de fuerza y esta desmilitarización de la guerra. Después de todo, la estatalidad está sujeta a los criterios de racionalidad política, que son irreconciliables con esos fenómenos.

Sin embargo, habida cuenta de las tendencias englobadas bajo el término mundialización, parece dudosa la vuelta a una nacionalización de la política a escala mundial. Sólo se lograría el éxito deseado si en esos Estados subieran al poder unas elites capaces de resistir a la corrupción y a las amenazas que a menudo les rodean. Así pues, aunque ahora nos enfrentemos a unas amenazas de tipo híbrido, muchas de las guerras del siglo XXI no se librarán con grandes recursos militares.

Tenderán a seguir librándose a fuego lento, sin principio o final claro, mientras que la línea divisoria entre las partes beligerantes, por un lado, y el crimen internacional organizado, por otro, será cada vez más difusa como en la actual crisis del Sahel. Por ello, ya hay quienes sostienen que tales situaciones no constituyen en realidad guerras. Olvidan que, antes de que la guerra fuera monopolio del estado moderno, hubo siempre una alianza estrecha entre guerreros y bandidos.

Parece que en el siglo XXI, el camaleón de la guerra va a cambiar cada vez más de apariencia para asemejarse, en muchos aspectos, a las guerras que se libraron entre los siglos XVI y XVII. Al final, en la rueda de la Historia, todo se va y todo vuelve en algún momento.

i

*César Pintado Rodríguez***Profesor del Campus Internacional de Seguridad y Defensa*

BIBLIOGRAFÍA:

BENEDICTO SALMERÓN, Rubén A. *Teorías y conceptos para entender formas actuales de hacer la guerra*. Universitat Autònoma de Barcelona.

CLAUSEWITZ, Karl Von. *De la Guerra*. Ediciones Ejército.

RODRÍGUEZ, Manuel Luis. *Las Guerras del Siglo XXI*.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.